

vuestras casas (1)...» Alusión ofensiva á la partida de Smorgoni, que muchos soldados del grande ejército no habían perdonado á Napoleón todavía.

A este descontento de las masas juntábanse preocupaciones sombrías y terrores singulares. Se propalaban alarmantes rumores, traídos de eco en eco desde Moscú á Estrasburgo y Maguncia: se suponía que de los mariscales, unos habían sido hechos prisioneros ó rematados sobre el campo de batalla, y otros estaban locos, moribundos ó muertos: se refería que entre la guardia y el ejército había habido un sangriento combate: se anunciaba la llegada de bárbaros feroces, prontos á caer sobre Francia. Por ejemplo en Italia, donde lo maravilloso se unía al miedo, se divulgaba entre el pueblo el vaticinio de una sumersión total de la península italiana, y que iba á ser invadida por el Mediterráneo y el Adriático salidos de su lecho. Indecible turbación originaba rumor tan absurdo en un pueblo supersticioso (2). No contribuían poco los sacerdotes italianos, siempre enemigos, aunque sumisos en apariencia, á propagar estas locas especies, y á irritar de todas maneras el espíritu de las poblaciones, con especialidad en los campos.

En los departamentos de la antigua Francia no llegaban hasta la sedición estas muestras de descontento y estas alarmas, porque, si el gobierno era opresivo, tenía el carácter de nacional, y si se le aborrecía, no era como á extranjero. Pero entre el Rhin y el Elba, en Holanda, en Westfalia, en Brema, en Hamburgo, la vista de las escuadras inglesas y la aproximación de las tropas rusas producían tumultos, y hacían temer un movimiento general á cada instante. En el gran ducado de Berg, departamento industrial donde nuestro régimen mercantil molestaba mucho, se eligió el momento del sorteo para arrojar sobre los funcionarios que presidían las operaciones del alistamiento ó quinta, y batir á los gendarmes y ahuyentarlos. Después corrióse á las casas de los aduaneros y recaudadores y fueron devastadas ó demolidas. En Hamburgo, donde se odiaba á la autoridad francesa por extranjera y por representante del bloqueo continental, se aprovechó la ocasión de la salida de una cohorte para amotinarse en torno de ella, impedirle que marchara, correr en seguida sobre los aduaneros y los recaudadores franceses, maltratarlos y expulsarlos á los gritos de *viva Alejandro, viva los cosacos!* De igual modo fueron expulsadas las autoridades francesas al punto sin un socorro de caballería enviado por los daneses, nuestros aliados y nuestros vecinos. En Amsterdam, en Rotterdam, se mostraba menos osadía, pero en toda Holanda se oía á menudo el grito de *viva Orange!* y era probable hasta el último extremo una insurrección cuando se acercara el enemigo.

Sin embargo, cuando la clase ilustrada de un país aprueba tales ó cuales providencias, las da un apoyo de suma eficacia. En Francia, conociendo esta clase entera que había que defenderse contra los enemigos exteriores, por más que el gobierno hubiese errado cien veces, se ejecutaban los alistamientos, y los altos empleados eran sostenidos por un asentimiento moral que

(1) Tomo estos pormenores de relaciones militares presentadas á Napoleón. (N. del A.)

(2) Hablo por testimonio de las autoridades francesas en Italia. (N. del A.)

no habían logrado siempre, y cumplían su obligación aunque en el fondo del alma estuviesen melancólicos y llenos de presentimientos siniestros. A las manifestaciones dichas daba Napoleón el nombre de *movimientos de la canalla*, que había que reprimir implacablemente, y que no se reproducían cuando se sabía castigarlos á tiempo. En París dispuso que se ejecutaran varias prisiones, cuyo efecto momentáneo fué hacer algo más cautos á los gritadores en los corrillos. Pero en el gran ducado de Berg hizo pasar por las armas á algunos sublevados, y movilizó diversas columnas para que recorrieran el país y sembraran dondequiera el espanto. En Hamburgo mandó que fueran fusiladas seis personas por el ultraje hecho á las autoridades francesas.

Por lo demás estas circunstancias no le abatían de ánimo, ni le quitaban la esperanza de obtener de Francia una manifestación nacional que correspondiera al ímpetu patriótico de Alemania, y pudiera hasta cierto punto destruir el aserto, divulgadísimo por Europa, de que tan cansada estaba Francia de su despotismo como de su dominación las naciones extranjeras. Ideó procurar que por las ciudades y los cantones se les ofrecieran jinetes montados y equipados, para reparar las pérdidas de caballería, inmensas en la última campaña. Con que se lo dijera á un solo prefecto, y éste lo trasladara á un consejero municipal de la capital de su distrito, bastaba para que se hiciese en una gran ciudad una oferta de esta clase, y se imitara al punto en todo el imperio. La mejor situada de todas las ciudades de Francia para tomar la iniciativa, la más populosa, la más rica, la más atenta á los sucesos públicos, la de París, puesta en movimiento antes que otra alguna, estrenóse con una oferta brillante.

Un miembro del consejo municipal dijo que la ciudad de París, situada más á inmediación del gobierno, mejor instruída por tanto de sus necesidades, debía dar el ejemplo, y que, fundando nuestros enemigos sus principales esperanzas en la destrucción de nuestra caballería, se necesitaba reemplazar con cuarenta mil jinetes bien montados y armados los veinte mil que un invierno extraordinario había destruído; que, si los reyes coligados se lisonjearan de tener á su favor la opinión pública de sus respectivos países, menester era demostrarles que el héroe que había salvado á Francia de la anarquía, también tenía á la nación de su parte, y era objeto de su admiración, de su afecto, de su adhesión ilimitada, y que ninguna coalición prevalecía en su contra. Al mismo tiempo propuso este consejero municipal que se ofreciera al emperador un regimiento de quinientos jinetes montados y equipados. Inmediatamente de presentada fué esta proposición admitida, votada por aclamación y llevada á las Tullerías por una diputación del Consejo. Con insertar en el *Monitor* la relación de esta escena, había suficiente para despertar el patriotismo de los unos, el celo interesado de los otros, y para estimular vivamente á todo prefecto á quien no se anticipasen sus administrados. En ciertos puntos, situados fuera de la antigua Francia, se suscitaron algunas objeciones, bien que tímidas de sobra y reprimidas al instante hasta por los prefectos, quienes no vacilaban en *internar* á los contradictores, esto es, en desterrarlos á lo interior del imperio. Pero en la to-

talidad de los departamentos comprendidos entre el Rhin, los Alpes y los Pirineos, no encontraron dificultad alguna estas ofertas. Si había excitación por parte de los prefectos ó de las personas de su confianza, también por parte del país había pleno asentimiento, pues no se contaba un solo ciudadano sensato y patriota que pudiera presentar ningún argumento en contra de tales proposiciones. Unánime era la opinión de que, aun siendo Napoleón el autor de nuestras desventuras, había que sostenerle, porque sólo él era capaz de rechazar á la formidable masa de enemigos que acababa de atraer sobre Francia. A París sucedieron las grandes ciudades, luego las menores, después los cantones, dando cada cual más ó menos á tenor de sus recursos y de su celo. Lyon ofreció ciento veinte jinetes; Burdeos, ochenta; Estrasburgo, ciento; Rouén, Lila, Nantes, cincuenta; Angers, cuarenta y cinco; Amiéns, Marsella, Tolosa, treinta; Metz, Rennes, veinticinco; Pau, Tolón, Bayona, Besanzón, Caén, Tours, Versalles, Ginebra, veinte; Nancy, Clermont, Dunkerque, Nimes, Aix, quince. Las ciudades de San Quintín, Orleáns, Mans, la Rochela, Havre, Dijón, Cherburgo, Brest, Macón, Angulema, Verdún, Poitiers y Perpiñán, ofrecieron unas doce jinetes, otras diez y otras ocho: las de Saint-Denis, Laón, Fontainebleau, Blois, Ivetot, Dieppe, Vendome, Moulins, Perigueux, Niort, Meaux, Elbeuf, Quimper, Vannes, Abbeville, Langres, Libourne, Luneville, Lisieux, Sens, Tarascón, Orange, Arlés, Narbona, Nevers, ofrecieron seis las unas, y cinco, cuatro ó tres las otras. Después vino la serie de las pequeñas ciudades y de los cantones, cuyas deliberaciones llenaban muchas columnas del *Monitor* todos los días. Es digno de notar que las ciudades extranjeras agregadas violentamente al imperio, y muy mal dispuestas por tanto, emitieron casi todas votos de una importancia muy superior á su celo, evidentemente bajo el impulso de prefectos que los intimidaban ó de personas juiciosas que aspiraban á conseguir que por este medio se olvidasen algunos actos imprudentes de sus conciudadanos. Así Roma votó doscientos cuarenta jinetes; Génova, ochenta; Hamburgo, ciento; Amsterdam, ciento; Rotterdam, cincuenta; el Haya, cuarenta; Leiden, veinticuatro; Utrecht, veinte; Dusseldorf, doce.

Hechas las ofertas, para llevarlas á cabo había que buscar el hombre, el caballo y el equipo. Para hallar los hombres acudióse á soldados licenciados, á postillones, á guardias forestales y, por último, á substitutos. Mucha mayor dificultad había en proporcionarse los hombres que los caballos, pues nada podía el dinero. Pronto comunicóse un aviso del ministerio de lo Interior á las prefecturas, manifestando que sobre todo se necesitaba de caballos y equipo. Así este ya era sólo asunto de dinero. Para adquirirlo hicieron los prefectos entre los mayores contribuyentes el reparto de las sumas necesarias, y enviaron á cada uno de ellos su cuota, que en varios departamentos ricos ascendía á mil, á ochocientos y á seiscientos francos por cabeza, y que fué puntualmente pagada, á pesar de algunas raras reclamaciones contra un método de impuesto ilegal del todo. Acto continuo se dedicaron los prefectos á buscar caballos, y los encontraron á fuerza de pagarlos á buen precio. Ninguna dificultad ofrecía el equipo en un país tan industrial como Francia.

A los pocos días subían las ofertas á veintidós mil caballos, á veintidós mil equipos y á diez y seis mil jinetes. Recurso positivo era el de los veinte mil caballos, sobre todo mediante la dificultad que para proporcionárselos había entonces. Además, no dejaba de ser grande el efecto moral de estas ofertas, pues, aunque la mano de la autoridad fuera visible, se conocía á pesar de todo y no se negaba el asentimiento real del país, poseído todo de la idea de una resistencia enérgica, á la cual siguiera una paz inmediata y honrosa. Sin duda este ímpetu no se parecía al de Alemania, pues ésta se mostraba entusiasta por conquistar su libertad, por recuperar su independencia nacional, y nosotros estábamos fríamente convencidos de la necesidad de defendernos contra un enemigo imprudentemente atraído sobre Francia. Pero lo que al menos debía igualarnos al empuje de Alemania era la energía de nuestros soldados, que, separándose con pena del seno de sus familias desconsoladas, y no oyendo ya más que la voz del honor ante el enemigo, iban á ser émulos en la bizarría, ya que no en la experiencia, de los más valerosos soldados del ejército antiguo.

Ya en posesión de estos vastos recursos de reclutamiento, empleólos Napoleón con el prodigioso genio de organización de que había dado tantas pruebas. Realizados estaban dos de los cuatro principales recursos que debía tener á la mano y de elevarse juntos á quinientos mil soldados, el del alistamiento de 1813 y el de las cohortes. En febrero podía tener el tercero, el de los cien mil hombres sacados de las cuatro últimas clases. Le bastaba conseguir en el curso del año el cuarto, el del alistamiento de 1814, puesto que sólo se hallaba destinado á reemplazar en los depósitos al alistamiento de 1813, que iba á ser distribuido del todo en los batallones de guerra. Véase cómo recompuso Napoleón su ejército con estos recursos.

Después de forjarse ilusiones sobre las fuerzas que le quedaban entre el Vístula y el Óder durante un momento, ya estaba perfectamente ilustrado y sabía que sólo podía contar con algunos restos, consistentes en cuadros. De consiguiente ordenó que junto al Óder se conservaran sólo un cuadro de compañía por cada cien hombres, y otro de batallón por cada seiscientos. Todos los demás debieron ser nuevamente enviados á Francia. Aun reduciéndose de este modo, no había para formar un batallón por regimiento, á pesar de que al tiempo de la partida contaban los regimientos del grande ejército no menos de cinco batallones de guerra, presentes en las filas. Este primer batallón se hallaba destinado á componer exclusivamente la guarnición de las plazas del Óder. Tocante á las del Vístula, como Dantzick y Thorn, se encontraban ya bloqueadas, y además habían recibido divisiones enteras como las de Heudelet, Grandjeán y Loison. Recogiendo cuantos soldados errantes se fueron presentando, é ingresando de nuevo en las filas unos tras otros, apenas se pudo completar un batallón por regimiento. Reforzado fué cada uno de ellos con las compañías de infantería puestas de guarnición á bordo de las naves. Sin duda se hace memoria de que de cada batallón de depósito había sacado Napoleón una compañía de infantería para situarla en todo navío de alto bordo. Generalmente se componían de soldados que llevaban tres ó cuatro años

de servicio. Reducido á sacar recursos de todo, ordenó que bajaran á tierra estas compañías, y fueran encaminadas sin demora hacia el Óder las que estaban sobre el Texel y el Escalda, á fin de ser incorporadas á los primeros batallones, denominados de las plazas del Óder.

Apenas rehecho este primer batallón por cada regimiento, juntóse cuanto quedaba de los cuadros de los otros batallones, y llevóse parte á orillas del Rhin, y parte á lo interior de Alemania. Treinta y seis eran los regimientos franceses del ejército de Rusia (1), diez y seis de ellos del primer cuerpo, el de Davout, seis del segundo, de Oudinot, seis del tercero, de Ney, y ocho del cuarto, del príncipe Eugenio. Napoleón determinó que siguiera á las órdenes del mariscal Davout el primer cuerpo, y se reorganizara con los mismos diez y seis regimientos de antes: que los cuerpos segundo y tercero se refundieran en uno solo de doce regimientos, y se reorganizaran y confiaran al mariscal Víctor, y que por último, el cuarto, del príncipe Eugenio, se reorganizara en Baviera. Por consiguiente los cuerpos de los mariscales Davout y Víctor debían constar de veintiocho regimientos. Napoleón quiso que se retuvieran en Erfurt los cuadros de sus segundos batallones, y envió inmediatamente al general Doucet para mandarlos, y de los depósitos hizo partir á reclutas de 1813 ya instruidos, para que cada uno de estos veintiocho batallones se compusiera de ochocientos soldados. Entonces la plaza de Erfurt era una posesión francesa, provista de un material inmenso, y empleando los cuadros en llegar á este punto el tiempo que los reclutas gastaran por su parte en lo propio, se efectuaba la reorganización á mitad de camino, por tanto la mitad más pronto y la mitad más cerca del teatro de la guerra. Caudales envió Napoleón para indemnizar á los oficiales que todo lo habían perdido en Rusia, para pagarles sus atrasos y proporcionarles así algún consuelo. Inmediatamente que estos batallones se encontraran en buen estado, se debían incorporar los unos al mariscal Davout, y los otros al mariscal Víctor junto al Elba. Al Rhin habían de venir á llenarse los cuadros de los terceros, cuartos y quintos batallones, con los hombres más robustos, si bien todavía no instruidos, de las cuatro clases anteriores. Por consiguiente estos últimos batallones no se podían hallar reorganizados antes de tres ó cuatro meses. Napoleón proyectaba enviar á los mariscales Davout y Víctor por lo menos sus terceros y cuartos batallones tan luego como le fuera posible. Ya entonces tendrían estos mariscales tres batallones por regimiento, y como conocían perfectamente la guerra del Norte, se proponía Napoleón llevarlos de nuevo sobre el Vístula, donde se lisonjeara de estar para el mes de junio. Al

(1) Quizá parezca escaso el número de treinta y seis regimientos de infantería, comparado al total del grande ejército, que, según hemos dicho, ascendía á seiscientos doce mil hombres, sin incluir los austriacos. Pero se explica fácilmente si se considera que aquí sólo se trata de la porción del grande ejército que penetró en lo interior de Rusia, que el número de batallones de guerra era de cinco por cada regimiento, lo cual sumaba ciento ochenta batallones, esto es, ciento ochenta mil infantes á la partida, que fuera de estos treinta y seis regimientos quedaban la guardia imperial y los aliados de todas clases, polacos, italianos, sajones, bávaros, westsfalianos, wurtembergueses, prusianos, etc.

(N. del A.)

pasar el Óder debían tomar sus primeros batallones, encerrados en las plazas, con lo que el mariscal Davout tendría un cuerpo de diez y seis regimientos de á cuatro batallones, y el mariscal Víctor un cuerpo de doce regimientos de otros tantos, esto es, un total de ciento doce batallones, representando la infantería de un ejército de ciento veinte mil hombres. Entretanto el mariscal Davout, con los diez y seis segundos batallones reorganizados en Erfurt, iba á ocupar la ciudad de Hamburgo, acostumbrada á plegarse bajo su mando; y con los doce, que le estaban destinados, iba el mariscal Víctor á ocupar la plaza de Magdeburgo, y establecidos así uno y otro á orillas del Elba, estarían en aptitud de guardar al príncipe Eugenio las espaldas.

Siendo procedentes de Italia los cuadros del cuarto cuerpo, del príncipe Eugenio, fueron encaminados á Augsburgo para recibir allí á los reclutas, que debían llegar de las márgenes del Po por el Tirol y Baviera. Se ve que era imposible combinar los recursos con más arte, atendidos los lugares y el tiempo de que podía disponerse.

Estando así asegurada la reorganización de los cuerpos antiguos, aplicóse Napoleón á los nuevos, á cuya creación estaba obligado á toda prisa, pues la necesidad de detener á los rusos en su marcha ofensiva pudiera llamarle junto al Elba desde el mes de marzo. Recurso el más disponible lo proporcionaban las cohortes, compuestas de cien batallones que, merced á la previsión de Napoleón, se hallaban organizados ya hacía nueve meses, y á toda la consistencia apetecible juntaban una instrucción casi completa. Sus soldados eran jóvenes de veintidós á veintisiete años, tomados del primer alistamiento de la guardia nacional, y entre los solteros, hombres robustos, y si bien algo razonadores, destinados á formar una infantería sólida y denodada. Tanto sus amenas dotes, como sus defectos, se originaban de su edad, de algo de descontento y de sus oficiales. Generalmente éstos habían sido reformados por razón de edad, de heridas, ó de adhesión á la república, al instituirse el imperio. Muchos había que estaban enfermos y hablaban mucho y propendían á la oposición á las claras; y así hubo que mudar la mitad de ellos. A los útiles se les perdonó su espíritu díscolo, porque hacían falta y porque no se dudaba de su bravura delante del enemigo. Reemplazados fueron los otros, habiendo servido solamente para instruir á sus tropas, y no pudiendo mandarlas en una guerra tan activa como la que se preveía. Con este fin se buscaron sujetos en la guardia imperial, en los cuadros de vuelta, y sobre todo en el ejército de España, donde empezaban á contarse demasiados oficiales para los soldados que iban quedando, y donde además todos los oficiales eran buenos, como que no había escuela más excelente que aquella guerra horrorosa. Llamados con urgencia estos oficiales y llevados en posta, debían reemplazar al punto á los excluidos de las cohortes.

Seguidamente distribuyólos Napoleón en veintidós regimientos de á cuatro batallones, teniendo una compañía de depósito cada uno de éstos. Se les dieron buenos coroneles y encaminóseles sobre el Rhin hacia Wésel y Maguncia. Formados los doce primeros en cuatro divisiones de tres regimientos cada una, compusieron el cuerpo denominado del Elba, y partieron inme-

diatamente para Hamburgo, á fin de incorporarse al príncipe Eugenio y de llevarle un refuerzo de cuarenta mil hombres de la mejor infantería. Después de recibirle podía el príncipe Eugenio oponerse con ochenta mil hombres á los rusos, y ya no tenía que temer nada, pues éstos no se hallaban en aptitud de juntar igual masa de fuerzas en parte alguna. La presencia de estos cuarenta mil hombres yendo á lo largo de Holanda, cruzando el Hánnover y las ciudades anseáticas, debían contener á estas provincias tan agitadas y tan mal dispuestas respecto de nosotros, ínterin los veintiocho batallones de los mariscales Davout y Víctor llegaban á destino. Napoleón dió al general Lauristón el mando de este cuerpo en jefe. Ya empezaban á no bastar todos los mariscales por cansados ó por estar fuera de combate. Digno era de este mando el general Lauristón, hombre sensato y firme que como embajador de Rusia había procurado evitar la guerra, y que, ya encendida la lucha, se portó con mucho denuedo. Al punto le envió Napoleón para que fuera á dedicar todo el esmero á su cuerpo de tropas.

Acto continuo pensó Napoleón en formar junto al Rhin otros dos cuerpos. Le quedaban diez regimientos de cohortes, y además había un número bastante considerable de cuadros, dejados unos en lo interior á la hora de partir para Rusia, sacados otros sucesivamente de España. Estos últimos habían distribuído sus soldados en los batallones que debían continuar sirviendo más allá de los Pirineos, y tornaron á Francia reducidos á los oficiales, á los sargentos y á algunos hombres escogidos. Con estos diferentes cuadros había para formar algo más de treinta regimientos de á dos ó tres batallones. Gran diligencia se puso en llenarlos con el reclutamiento de 1813, que se hallaba medio instruído, y se pensaba en concluir su educación militar durante las marchas. Desgraciadamente entre estos batallones, sacados de este punto y del otro, rara vez se encontraban dos de un mismo regimiento. Tan luego como se hallaban en este caso, se cuidaba de juntarlos para figurar bajo el número del regimiento mismo, con sus oficiales y su bandera. Se dedicó la atención á sacar de las diversas partes del imperio los batallones de los regimientos que estaban disponibles, á fin de hacer que sirvieran juntos. Ya hemos dicho que esta funesta dislocación de los cuerpos provenía de la política desarreglada que, desparramando por toda Europa las fuerzas de Francia, llevaba á veces los diversos batallones de un mismo regimiento á Iliria, á Portugal, á Polonia.

Tocante á los batallones aislados, se les juntó en el número de dos ó tres bajo la forma poco consistente de regimientos provisionales, con intención de poner término á esta organización interina.

Con ocho de las diez cohortes restantes, y con parte de los treinta y más batallones, cuya formación acaba de ser expuesta, compuso Napoleón el primer cuerpo del Rhin, distribuyólo en cuatro hermosas divisiones, y lo fió al héroe de la retirada de Rusia, al mariscal Ney, que también se había entregado á un movimiento transitorio de despecho cuando vió el ejército abandonado por su jefe, pero que al saber junto al Óder la brillante y justa recompensa otorgada á sus servicios, pues acababa de ser nombrado príncipe del Moskowa, recuperó su ardimiento, y nada anhelaba más que encontrar á los

rusos para hacerles expiar los triunfos de la última campaña. Una quinta división, compuesta de los alemanes de los príncipes aliados, debía elevar su cuerpo á cincuenta mil hombres, y aun á sesenta mil con la caballería y la artillería. Este cuerpo se hallaba destinado á descargar los primeros y más rudos golpes. Ante todo se iba á formar en Maguncia, después en Francfort, Hanau, Wurtzburgo, y se debía poner en marcha al mes de efectuado el cuerpo del Elba, esto es, el 15 de marzo. Vuelto á París el mariscal Ney hacía poco, menos para tomar descanso, de que no necesitaba su constitución de hierro, que para recibir la investidura de su nuevo título, tuvo orden de volver á partir al punto y de encaminarse á orillas del Rhin para vigilar la organización de las tropas que debía tener bajo su mando.

Se compuso el segundo cuerpo del Rhin de algunos de los regimientos provisionales, y de la infantería de marina, cuya creación ya antigua se debía á aquella activa perspicacia de Napoleón, el cual, sabiendo muy bien que nunca tendría recursos sobrados para tantos negocios como se echaba encima, engendraba una organización nueva tan luego como hallaba ocasión, espacio y medios. Efectivamente, cuando soñaba con vastas expediciones marítimas, llevadas á bordo de cien navios de línea y zarpando de los magníficos puertos del imperio desde el Texel hasta Trieste, formó una tropa acostumbrada al doble servicio de la artillería y de la infantería, é idónea para combatir así por mar como por tierra. Cerca de veinte mil de estos artilleros infantes contaba, y podían suministrar diez y seis mil hombres á las filas, soldados instruídos, vigorosos, y con el espíritu altivo de la marina. Napoleón ordenó su partida inmediata hacia las márgenes del Rhin, lo cual debía serles más grato que estar ociosos en nuestros arsenales, ó ser enviados á ultramar á los climas mortíferos de nuestras colonias.

En cuatro regimientos distribuyólos Napoleón de á cuatro batallones, y los hizo entrar en el segundo cuerpo del Rhin con algunos de los regimientos que acababa de reconstituir á toda prisa. Este cuerpo, que se iba á formar inmediatamente después del primero y á reemplazarle en Maguncia, podía estar listo el 15 de abril, esto es, un mes más tarde. De cuatro divisiones debía constar y de muy cerca de cuarenta mil hombres de infantería. Lo reservaba Napoleón al mariscal Marmont, el vencido en Salamanca, condenado, como general en jefe, por la experiencia, aunque todavía capaz de ser un buen lugarteniente. Su herida, considerada mortal al pronto, hacía esperar un cabal restablecimiento. Igualmente recibió la orden de encaminarse á Maguncia, tan luego como su salud se lo permitiera.

Todavía determinó Napoleón sacar del personal y del material, acumulados de muy atrás en Italia, un cuerpo de cuarenta á cincuenta mil hombres, que, bajando á Baviera, mientras él desembocara personalmente en Sajonia, completara las fuerzas que se proponía reunir sobre el Elba. De este cuidado encargó al general Bertrand, gobernador de la Iliria, el cual, sin gran costumbre de manejar tropas, pues era oficial de ingenieros, entendía bien el detalle de su organización, era activo y celoso, y hombre, en fin, de no perder instante en circunstancias tan graves como las en que se hallaba el imperio.

Napoleón autorizó para tomar cuantos recursos militares quedaban en Iliria, para no dejar allí más que los depósitos y algunas milicias locales, y trasladar el resto al Friul. Si se conservaba la alianza con Austria debían volver indudablemente las provincias ilíricas á esta potencia, y si, por el contrario, se perdía esta alianza, no había posibilidad de disputarlas durante veinticuatro horas. Por consiguiente, fuera una inútil dispersión de nuestras tropas dejar parte de ellas más allá de los Alpes Julianos. Con los cuadros sacados de estas provincias, con algunos regimientos dejados en Lombardía, con algunos otros residentes en el Piamonte y vueltos de España, con los dos restantes de las cohortes, había para componer tres buenas divisiones francesas de á doce batallones cada una. Estando llenos de alistados los depósitos de Italia, era fácil el reclutamiento de estas tres divisiones. Por último, el ejército propiamente italiano podía también suministrar una división excelente, lo cual elevaría á cuatro el cuerpo que el general Bertrand estaba encargado de llevar á Alemania. Usando Napoleón hasta de sutileza con este servidor adicto, le hizo esperar el mando del cuerpo todo, á fin de que se esmerase aún más en organizarlo.

Estando reconstituida la infantería tan pronto como lo permitían las circunstancias, menester era dedicar la aplicación á las armas especiales, que habían sufrido todavía más que la infantería. Sin duda se recuerda que, mientras Napoleón llamaba de Italia al cuerpo del general Grenier y formaba el del mariscal Augereau, sacó de Francia cuantas compañías de artilleros se encontraban disponibles, y prescribió que se creara una compañía de esta clase. Merced á tal precaución, no podía faltar el personal de la artillería. Para recomponer la del ejército echó mano de los artilleros vueltos de Rusia, de cuarenta y ocho compañías sacadas de los puertos y de los arsenales y de las ochenta formadas en las cohortes. Con estas fuerzas había para prestar el servicio de mil bocas de fuego. Tocante al material, todo había quedado hundido bajo las nieves de Rusia; mas por fortuna estaban llenos nuestros arsenales de mar y tierra. Sólo faltaban cureñas de campaña, y Napoleón hizo construir en todas partes, y hasta en Tolón, en Brest y en Cherburgo. Sin duda debían llegar tarde las que se construyeran en estos puntos, pero á orillas del Rhin había para montar seiscientos bocas de fuego, lo cual era suficiente para el principio de la campaña.

Respecto de los caballos aún había sido mayor la pérdida que la de los hombres y los carros. Nuestra retirada sobre el Óder había reducido mucho nuestros medios de remonta, si bien más para caballos de silla que de tiro. Napoleón esperaba que el general Bourcier, encargado de todas las compras y estimulado por una correspondencia cotidiana, llegaría á juntar alrededor de diez mil caballos de tiro en la Baja Alemania. Quince mil ordenó que se sacasen de Francia por requisición y pagándolos al contado. Riguroso procedimiento es el de las requisiciones y manchado hasta de despojo, como que se quita el objeto requerido á quien no quisiera venderlo; pero su rigor estaba muy justificado por la urgencia, al par que muy suavizado por el pago al contado. Con estos diversos medios y con inmensa fabricación de arneses, no dudaba Napoleón reunir seiscientos bocas de fuego y los correspondientes tiros de caballos

para el principio de las hostilidades, esto es, para abril ó mayo, y mil para dos meses más tarde.

Se puede decir que la caballería era más importante que la misma artillería, á causa de la prodigiosa cantidad de tropas de á caballo con que contaba el enemigo; y estaba destruída no sólo en lo que había existido, sino en los medios que pudieran servir para reorganizarla. Todos sus caballos habían perecido como los de la artillería, y nuestro grande ejército que pasó el Niemen con sesenta mil caballos, dejando veinte mil de reserva, trajo tres mil tan sólo, dejados en Dantzick los unos y reunidos los otros en torno del príncipe Eugenio.

Casi era de igual consideración la pérdida de hombres. Napoleón calculó tener de veinticinco á treinta mil jinetes, y en su concepto bastaba montarlos y equiparlos para que fuesen tan buenos como antes. Pero ya rectificadas los primeros datos, no esperaba librar más que once ó doce mil del abismo donde nuestro ejército se había sepultado. Mucho disminuyeron los recursos para remontarlos desde que se perdieron la Polonia, la Vieja Prusia, la Silesia y el Mecklemburgo. Aún quedaban Hannover y Westfalia. De dos á tres mil caballos se habían sacado de los países evacuados, y se presumía que aún se sacarían de nueve á diez mil del territorio comprendido entre el Rhin y el Elba. Con los diez mil de tiro, de que acabamos de hablar para la artillería, se aproximaban á veinte mil los que había de sacar de estas comarcas. Ocupábase el general Bourcier en comprar caballos, en apresurar la fabricación de sillas, en recoger los hombres que volvían extenuados, en vestirlos, en hacer que descansaran de sus fatigas para que ingresaran de nuevo en las filas. No sin trabajo llevó su tarea adelante, á pesar de la fuerza y del dinero, por consecuencia de la mala disposición en que se hallaban aquellas provincias. Aunque Napoleón había abierto al general Bourcier créditos ilimitados, costaba mucho hallar contratas, por lo muy turbadas que en tales momentos de crisis se encontraban las relaciones comerciales. Lisonjeándose de que el general Bourcier se proporcionaría con qué montar de trece á catorce mil jinetes y recelando que no tornara un número igual de Rusia, le envió de dos á tres mil desmontados de los depósitos del Rhin. Inmediatamente hizo salir de París á los generales Latour-Maubourg y Sebastiani para que fuesen á Hannover á ponerse á la cabeza de la caballería remontada. Les ordenó que formasen dos cuerpos, parte de coraceros, parte de húsares y cazadores, y que tan luego como juntasen seis mil jinetes capaces de ponerse en marcha, se los llevaran al príncipe Eugenio.

Además calculaba Napoleón que habiendo recibido los depósitos de caballería la parte correspondiente de los alistamientos de 1812 y de 1813, le proporcionarían otros diez mil jinetes instruídos. Encargado estaba el duque de Placencia de juntarlos en escuadrones correspondientes á los antiguos regimientos del grande ejército y de conducirlos, cuando ya estuvieran formados, á los cuerpos de los generales Latour-Maubourg y Sebastiani, y de refundir cada destacamento en el regimiento á que pertenecía, para que de esta suerte los regimientos se completaran del todo. Agregados estos diez mil jinetes á los trece ó catorce mil que se remontaban en Alemania, se juntarían de veintitrés á veinticuatro

mil hombres de á caballo, fuerzas que constituían una buena base de caballería.

No faltaban caballos en Francia para los diez mil jinetes cuya pronta organización estaba confiada al duque de Placencia: tres mil quedaban de la remonta de 1812; no ascendían á menos de siete ú ocho mil los que se podían sacar de los ajustes hechos. Napoleón ordenó una requisición de quince mil caballos de gruesa caballería, pagándolos al contado como los caballos de tiro, medida rigurosa, según acabamos de reconocerlo, bien que justificada por las circunstancias. Veintidós mil caballos habían proporcionado los donativos voluntarios, generalmente de caballería ligera. Así, en Francia debía tener para montar cuarenta y cinco mil hombres, que, unidos á los que se esperaba sacar de Alemania, sumaría cerca de sesenta mil ó cincuenta mil cuando menos para la caballería disponible en la próxima campaña. Obtenidos los caballos, debiendo salir los hombres de los alistamientos de 1812 y de 1813, no faltaba más que buscar los cuadros. Excelentes los había en España, y así dispuso Napoleón sacar de allí un cuadro de escuadrón por cada regimiento de á caballo, tomando los oficiales, los sargentos y algunos soldados escogidos, según hizo con la infantería. También prescribió enviarlos al Rhin á toda prisa. Llenos estos cuadros con los jinetes que en los depósitos se hallaran formados y montados, iban á componer una segunda reunión de fuerzas que, á las órdenes del duque de Padua, se debía juntar á la llevada antes por el duque de Placencia.

De pronto Napoleón debía tener en Alemania, ante todo, trece ó catorce mil jinetes, después veinticuatro mil cuando el duque de Placencia llegara allí con su cuerpo de tropas, y cuarenta mil cuando el duque de Padua se presentara con el suyo. Más tarde estaban destinadas á llegar las otras fuerzas. Recursos ofrecía Italia para seis mil jinetes, listos la mitad de ellos para empezar la campaña, lo cual debía proporcionar al cuerpo del general Bertrand como unos tres mil hombres á caballo.

A todas estas fuerzas quería añadir Napoleón la guardia imperial, constituida bajo proporciones nuevas del todo. Cruelmente había sufrido en Rusia; sin embargo, aún tenía cuadros bastante numerosos en Alemania, en Francia y en España. Aquí especialmente había una división entera de la joven guardia. De todos estos elementos determinó servirse Napoleón para recomponer su tropa de preferencia. Mucho estimaba por su fidelidad á la vieja guardia, cualidad que los sucesos podían hacer preciosa: también estimaba á la joven guardia, porque merced al espíritu de cuerpo, no introduciendo en sus filas más que hombres escogidos, dentro de poco podía adquirir el valor de las mejores tropas. De consiguiente hizo pedir á todos los cuerpos que en el desastre de Moscu no habían sufrido, y especialmente á los de España, cierto número de veteranos para completar la vieja guardia. Para reconstituir la joven de igual modo, tomó del alistamiento de las cuatro últimas clases hombres jóvenes y robustos, distribuyéndolos en los cuadros existentes de tiradores, fusileros y cazadores. A cincuenta y tres elevó el número de batallones, y á treinta y tres el de escuadrones de la vieja y la joven guardia. Igualmente aumentó la reserva de artillería, de la cual se servía siempre con tanto provecho en las grandes jorna-

das, y dióle unas trescientas bocas de fuego. Para esta última organización le proporcionó individuos excelentes la artillería de marina. Así la guardia imperial debía presentar un ejército de reserva y de cincuenta mil hombres inscritos en las listas, y de cerca de cuarenta mil combatientes en línea de batalla.

Aunque menos necesarios los transportes en Alemania que en Rusia, siempre tenían á los ojos de Napoleón una ventaja, la de hacer posibles las concentraciones repentinas, llevando víveres para ocho ó diez días. Así reorganizó los batallones de los trenes, y compuso cinco de ellos en Alemania con las reliquias de los quince que hicieron la campaña de Rusia. Seis organizó con los cuadros dejados en Francia. Estos once batallones podían llevar los víveres que en diez días necesitaran doscientos mil hombres, lo cual era suficiente para preparar y dar una de aquellas sangrientas batallas, con las cuales decidía comunmente la suerte de las grandes guerras. Respecto de carros hubo de renunciar á los que se hundieron en los lodazales de Polonia, ó en los arenales de Prusia, y se redujo al cajón antiguo algo modificado y al carro de violín, que por su ligereza había prestado verdaderos servicios.

Mediante estas vastas creaciones proponíase atajar á la coalición junto al Elba, si no la atajaba junto al Óder, y hacer que se desvaneciesen las esperanzas de que parecía embriagada. Teniendo de guarnición en las plazas del Vístula y del Óder alrededor de cincuenta mil hombres, cuarenta mil de tropas activas á las órdenes del príncipe Eugenio, iba á reforzar á éste con los cuarenta mil hombres del general Lauristón, á juntar de este modo ochenta mil hombres junto al Elba, á contener allí al enemigo y á prevenir allí toda invasión en la Alemania. Luego con los dos cuerpos del Rhin, con el cuerpo de Italia llegando por Baviera, y finalmente, con la guardia imperial, debía contar Napoleón cerca de doscientos mil hombres en Sajonia para el mes de abril ó mayo, y alargar la mano al príncipe Eugenio, y agobiar á los rusos con trescientos mil combatientes, aunque se les agregasen muchos aliados. Como de reserva quedaban los antiguos cuerpos, que se iban á reorganizar á las órdenes de los mariscales Davout y Víctor, los cuadros procedentes de España, los ciento cincuenta batallones de depósito destinados á recibir el alistamiento de 1814, pudiendo suministrar aún de ciento á ciento cincuenta mil soldados. Jóvenes eran las nuevas tropas allegadas por Napoleón é inexpertas, pero los hombres eran vigorosos, á causa de la edad en que se hallaban los más de ellos, los cuadros los más aguerridos del mundo, y estaban impacientes por restablecer el prestigio de nuestras armas. La principal dificultad consistía en el tiempo, hartamente corto para tan vastas creaciones. Pero tanto en administración como en guerra poseía Napoleón el arte maravilloso de servirse bien del tiempo con que contaba. Al modo que sabía hacer doblar á sus tropas las etapas, sabía hacer doblar el trabajo á las administraciones, trazándolas su marcha, resolviendo por sí mismo las cuestiones dudosas, ante las cuales se paraban á menudo, haciendo ejecutar simultáneamente operaciones que por lo común no se llevaban á cabo sino una tras otra, vigilando especialmente cada cosa con sus propios ojos, no perdiendo de vista la ejecución de sus mandatos, enviando á todas partes,